

Un Aniversario Glorioso

Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores don Gabriel Valdés en el Sesquicentenario de la toma de los fuertes de Corral por Lord Cochrane.

En estos días de privilegio, se ha dado un conjunto verdaderamente insuperable de circunstancias felices.

Un sol alegre y brillante ha bañado la majestad de una geografía de maravilla; los barcos de guerra en la bahía con toda su formidable fuerza evocadora del poder romántico del mar, el pueblo multicolor trepado expectante en los cerros de Corral, las decenas de embarcaciones moviéndose sin cesar; los fuertes, testimonio de una época en que lo útil era bello como condición de su eficacia; el sonido de la gaita tocada por la dignidad de los soldados de Escocia; el recuerdo, tan acabadamente expresado en los homenajes a los héroes, la expresiva y distinguida presencia de los representantes de los países amigos. Por último el momento tan plenamente realizado de esta mañana cuando sólo la emoción hacía avanzar nuestra nave de guerra hacia el malecón trayendo en cubierta, con una escolta de marinos chilenos y un fondo de bosques, a nuestro huésped Douglas Cochrane, simbolizando la entrada a Valdivia después del triunfo de su antecesor y nuestro héroe al Almirante Lord Tomás Cochrane.

¡Qué feliz trasposición del tiempo! ¡Qué bello puente para unir 150 años de historia; qué felices estamos los chilenos al sentirnos unidos entre nosotros y con Uds., ingleses, franceses y españoles en el recuerdo vivo de hechos gloriosos que en vez de separarnos, nos acercaron para siempre!

Como Presidente Honorario del Comité de Sesquicentenario que hoy conmemoramos agradezco la presencia del señor Embajador de S.M. británica, rodeado de tantos probados y leales amigos de Chile y de la sonora delegación de gaiteros escoceses; agradezco la presencia del señor Embajador de Francia que se ha asociado al homenaje que se ha rendido al Coronel Jorge Beauchef cuyos valerosos actos y ejemplar vida se ha recordado en estos días; el descendiente directo del Coronel Beauchef señor Alberto Bambach que esta noche nos acompaña habrá sentido la emoción de estos homenajes; agradezco la presencia del señor Embajador de España que también ha presenciado los sinceros homenajes ofrecidos a los valientes españoles que lucharon por su causa con su sereno arrojo de caballeros.

Agradezco a la Armada Nacional de Chile por su magnífica participación en estas ceremonias que su formador, el Almirante Cochrane, habría contemplado con orgullo satisfecho; al Ejército de Chile por su presencia siempre distinguida. Agradezco a Pablo Neruda por haber concebido esta celebración y haberla promovido a lo largo de varios años con amor y con la fuerza, que a todos nos ha envuelto, de su magnífico canto a Lord Cochrane de Chile.

Agradezco al Padre Gabriel Guarda todo su fervoroso esfuerzo y el cariño que ha volcado por su tierra, por sus héroes y por la restauración de los recuerdos históricos de esta zona, agradezco al señor Intendente y al Regidor señor Walter Newman, por su trabajo a cargo del Comité Ejecutivo del Sesquicentenario, al círculo valdiviano de Santiago, al Consejo de Monumentos Nacionales, a los señores Alcaldes de Valdivia y Corral, al señor Director del Correo de Valdivia y de las Radioemisoras y en fin, a todos quienes de una manera u otra cooperaron para crear estas inolvidables jornadas.

El Ministro Zenteno tuvo profundas diferencias con el gran marino escocés, "temperamental, inflexible, decidido y apasionado" —según lo retrata Neruda—. No obstante, pocos días después de la hazaña que hoy conmemoramos, le escribió estas palabras proféticas, en nombre del Gobierno chileno: "La memoria de este glorioso día ocupará las primeras páginas en los fastos de la nación chilena y el nombre de Vuestra Señoría transmitiéndose de generación en generación, permanecerá indeleble en nuestra gratitud y en la de nuestros descendientes".

No se equivocó el Ministro Zenteno, ni se equivocó esa excepcional escritora británica, Mary Graham, primer testigo de nuestro nacimiento como Estado, quién anunciara que el nombre de Cochrane había de figurar "entre los genios tutelares de los chilenos", agregando, "Otros pueden olvidarlo... Nosotros no". La misma Mary Graham, anota que la flota chilena incipiente había sido tripulada con nuestros nacionales, "muchos de los cuales eran huasos de las montañas", y "lo que es de más importancia todavía, los chilenos aprendieron a tener confianza en sí mismos y en sus oficiales y a poner en juego tanto el valor físico como el valor moral, necesario para todas las grandes hazañas".

Transcurridos ciento cincuenta años desde el activo 1820 de nuestra independencia, con la perspectiva que dan las nuevas situaciones históricas, estamos orgullosos y agradecidos de estos héroes, que no fueron héroes locales, sino grandes figuras continentales conscientes de los requisitos sociales y geográficos de su empresa liberadora.

O'Higgins a raíz de Chacabuco, dijo estas palabras: "Esta victoria y cien más serán inútiles si no dominamos en el mar". Y se lanzó a la obra de creación, desde la nada, de la Escuadra Nacional.

El pequeño y lejano Chile, estado no reconocido por potencia alguna de la época, pudo traer a nuestras costas a la primera figura naval de Europa, que había rechazado el cargo de primer Almirante de España, porque él sólo luchaba por la libertad. Este genio naval, considerado en su país como peligroso agitador político encontró aquí el ambiente que necesitaba. "El pueblo chileno esperaba imposibles —escribió Lord Cochrane— y yo anduve algún tiempo resolviendo en mi mente el modo de ejecutar algo que les satisficiera y que aquietase mi amor propio herido. "Su tataranieto Douglas Cochrane nos ha traído la comprobación de cómo sus hazañas impresionaron al mundo, al colocar como epígrafe en su bello folleto la confesión del más grande poeta romántico de la época, Lord Byron: "No hay hombre a quien yo envidie tanto como a Lord Cochrane". Ambos, rebeldes y visionarios, concurrirían años después a luchar por la liberación de Grecia. No en vano Lord Cochrane le había escrito al Virrey del Perú —en uno de sus gestos románticos— que él era un hombre libre y por consiguiente tenía el derecho a adoptar cualquier país que estuviera haciendo esfuerzos por restablecer los derechos de la humanidad afligida. La carta que el 4 de noviembre de 1826 escribió Cochrane a O'Higgins es digna de mención por el espíritu que denota: Le dice "...he estado vagando desde la última vez que le vi; la revuelta portuguesa hizo indispensable que yo dejara Brasil. Ahora estoy ocupado fomentando la libertad de Grecia y espero terminar antes de mayo".

Lo que fue en sí misma la epopeya valdiviana no necesita nuevos conceptos ni desarrollos. Lo han hecho aquí con mas conocimiento que yo distinguidas personalidades. Sólo quiero recalcar que ella abrió el camino a la magna empresa de la liberación de Lima por el Ejército de San Martín, que conducía la Escuadra chilena. En este esfuerzo titánico, iniciado en Valparaíso el 21 de agosto de 1820, Lord Cochrane llevó el tricolor de Chile liberado hasta el extremo confín septentrional del que fuera grandioso Imperio español. La captura de Valdivia, sirvió de acicate para la jornada no menos heroica y significativa de la toma de la "Esmeralda" en el recinto de la fortaleza de El Callao, el 5 de noviembre de 1820: "Recordad que habéis vencido en Valdivia y no os atemoriceis de aquellos que un día huyeron vuestra presencia", les proclamó Lord Cochrane a sus soldados de marina y marineros. Así pasó a integrar la nueva potencia del Pacífico, la inmortal "Esmeralda", el mejor barco que surcó estos mares en su época.

Después, la Escuadra chilena siguió rumbo al Norte. El 20 de noviembre de 1821, en el Guayaquil ya independiente, Lord Cochrane, siempre leal, escribió a sus habitantes al despedirse para seguir aún más al Norte: "Creémelo, el Estado de Chile os quedará reconocido para siempre de vuestro concurso, y muy en particular, el Supremo Director, gracias a cuyos esfuerzos se creó la Escuadra, y a quien, en el hecho, la América del Sur debe todos los beneficios que de ella se han derivado".

La Escuadra libertadora, en enero de 1822 cruzaba el golfo de Tehuantepec, "alumbrándonos cada noche un volcán", escribe Cochrane, llegando a Acapulco, poco después. Desde allí la flota regresó a Chile, no sin haber despachado antes a uno de sus barcos, la "Independencia", hasta la baja California.

Señores: la relación de este viaje por el Océano Pacífico y el recuerdo de las hazañas nos merecen algunas reflexiones:

Chile tiene su destino en el mar, tiene un horizonte abierto hacia el Pacífico que después de dormir la historia del Egeo, la del Mediterráneo y ahora la del Atlántico, despierta lentamente para incorporarse y ofrecerse de cuenca gigantesca donde deben florecer los encuentros más extraños pero al mismo tiempo más creadores, donde el Occidente extravertido y angustiado en un agotamiento de cultura se encuentre con un oriente replegado sobre sus valores profundos y finos, sometidos a la dimensión del hombre, en actitud de buscar los aún no descubiertos secretos de lo íntimo. Chile, pueblo de marinos, pueblo con sentido de la empresa colectiva tiene en el Pacífico un destino indudable. Con justicia hemos celebrado a los héroes que dirigieron nuestras luchas y tiene razón el Embajador Frederick Mason al decir que es la voluntad de algunos hombres lo que doblan las esquinas de la historia y la conducen, pero hay también una extraña relación de causas recíprocas entre los que dirigen y la capacidad de los pueblos de actuar, entre los generales y sus soldados. El genio indomable de Churchill no habría plasmado la victoria si tras de él no hubiera existido un pueblo decidido a pelear con disciplina y coraje insuperables.

En el caso de Lord Cochrane, como él mismo lo declaró, éste no habría podido terminar con éxito sus victorias si no lo hubieran seguido soldados extraídos de un pueblo fuerte y valiente que dio los asaltos y no se asustó ante los vencedores de Flandes, de Italia, y de América. Si el mar nos dio la libertad, el mar nos debe dar desarrollo, seguridad y poder en una empresa en la que debe estar incorporada toda la Nación.

Es este destino de presencia protagonista en el Pacífico el que hemos estado construyendo, al buscar nuevas relaciones con pueblos de sus costas, al reforzar las que existían y al crear la comunidad andina, pues frente a naciones continentales ya no pueden actuar solos los pueblos de escasas dimensiones. En íntima amistad, en integración de esfuerzos, de recursos, de políticas, hemos echado a andar esta nueva asociación de Estados que nos da fuerza, instrumentos económicos y presencia en el Océano Pacífico y ante sus otros ribereños.

Los hechos que hemos celebrado nos indican también de qué manera Chile es un país que acoge con sencillez, afecto y lealtad a quienes han venido para ayudarnos. Internacionalmente Chile ha sido una nación abierta a las ideas y a los hombres de todas las latitudes no para servir a otros sino para buscar su propio destino y el enriquecimiento de su propio ser. En la época romántica de la libertad vinieron para ayudar a nuestra independencia. Los necesitamos entonces y les fuimos reconocidos. También los necesitamos ahora para otras empresas del espíritu, de la cultura y para fines materiales. Bienvenidos en la paz como lo fueron en la guerra. Que nunca dejemos de ser abiertos para recibir y robustecer nuestra propia identidad que ha sido siempre dinámica. Esto exige disciplina, constancia en la prosecución de las metas, unidad y esfuerzo colectivo. Lo extranjero nos da impulso cuando se incorpora al esfuerzo nacional. Es el ejemplo de Lord Cochrane con nuestra Armada.

Pero hay también en estos hechos algunos testimonios personales que tienen una tremenda fuerza moral. Lord Cochrane vino a luchar por la libertad que ya había prendido en el corazón de los chilenos. Su vida aquí y más allá fue un gran gesto romántico.

¡Qué extraño parece venir a un país tan alejado, tan pobre, tan sin significación en el mundo brillante de las guerras europeas! Hay en ello un idealismo que ennoblece. En su Patria algunos lo combatieron y hasta ahora han pretendido denigrarlo. Pero ellos deben saber que Chile ha sido leal a su Almirante.

En la primera lista de agraciados con la Orden al Mérito creada por Bernardo O'Higgins figuraba Lord Cochrane. Pues bien, hoy he otorgado a nombre de S.E. el Presidente de la República una condecoración de la misma Orden a su descendiente porque ha hecho méritos suficientes de amistad y lealtad hacia Chile. Pero además al honrar la memoria de su antepasado con la pasión, la generosidad y la eficiencia que ha empleado está también honrando a nuestra Patria. Quien se ha propuesto la noble tarea de defender el honor de un Almirante chileno, como lo dijera en su profundo discurso de esta tarde al donar la obra de arte que embellece a Valdivia, está también defendiendo el honor de Chile.

En momentos en que los valores del espíritu y los actos sin resultados pecuniarios se manifiestan tan escasamente, el recuerdo de los testimonios de vidas entregadas a grandes ideales hacen un gran bien.

Señoras y Señores:

Estamos dando término a días inolvidables. Quien mejor que nuestro poeta Pablo Neruda podía despedir al Almirante y despedirnos entre nosotros con sus palabras tan hermosas.

"¡Adiós, marinero! La noche desnuda su cuerpo de plata marina y sobre las olas australes resbala otra vez tu navío.

Las manos oscuras de Chile recogen tu insignia caída en la niebla.

y elevan a lo alto de los campanarios y la cordillera
tu escudo de padre guerrero,
tu herencia de mar valeroso".